

TIRITAS

Hoy, 25 de noviembre, voy a contar mi historia, para todas las que sufren o sufrirán el maltrato que recibí.

Todo empezó en una cita con alguien de Tinder. Estaba muy emocionada, ya que llevaba bastante tiempo con ganas de conocer a alguien con el que compartir mi tiempo. Habíamos quedado en un bonito restaurante, y cuando llegué y lo vi sentado en la mesa, mi corazón se puso a palpar instantáneamente. Nunca me había sentido de esa manera. Me acerqué a la mesa con cierto recelo; el me saludó con una sonrisa y yo hice lo mismo. Después nos pusimos a hablar. Fue una de las mejores conversaciones que he tenido nunca, era como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Tras esa cita lo visité varias veces más, hasta que un día decidí irme a vivir con él. Tenía clarísimo que era el indicado. Cuando se lo pedí, se emocionó mucho y los dos nos abrazamos con dulzura. Su piso era precioso, estaba lleno de plantas, y a pesar de que fuera pequeño, era muy acogedor. Éramos muy felices, hasta que un día me empezó a prohibir hacer ciertas cosas. Me dijo que dejara mi trabajo, que él me mantendría, tampoco me dejaba ir a ver a mis amigas. Un día llegué tarde a casa, él se enfadó mucho, pensaba que esto acabaría como una discusión cualquiera, como mucho en una ruptura. Pero él, sin previo aviso, me pegó un fuerte puñetazo en el ojo - ¡Cállate idiota! - exclamó. Yo me quedé paralizada, él salió de la habitación murmurando insultos. En ese momento, esa persona que quería tanto se convirtió en un monstruo. En cuanto se fue al trabajo, me puse mi primera tiritita.

Ese tipo de discusiones se repitieron casi todas las noches, me daba miedo salir de casa y me estaba quedando sola, ya no me hablaba ni con mis amigas. Me pasaba el día poniéndome tiritas; había heridas que no podía tapar, pero al menos así las heridas exteriores me dolían menos.

Y así pasé un año, un año de abuso, violencia, sufrimiento y terror. Me levanté una mañana y me fui a lavar la cara. Cuando me miré al espejo, me di cuenta de algo terrorífico. No me reconocía. Mi cuerpo entero estaba recubierto de tiritas, tenía tiritas en heridas que ni siquiera sabía que tenía hasta que ese monstruo empezó a maltratarme. Me sentía imponente, estúpida, alguien que nunca conocería a otra persona que me quisiera como él. En un ataque de pánico, decidí llamar al 112. Nunca me había sentido tan aliviada como en ese instante en el que conté todo lo que me habían hecho. Cuando él llegó a casa, le estaba esperando la policía.

Finalmente, era libre.

No fue fácil quitarme todas las tiritas, es más, me dolió. Además, puede que algunas heridas nunca se lleguen a cerrar, pero sé que, algún día, todas las heridas que ese monstruo me hizo dejarán de doler.